



EDITA: HERALDO DE ARAGÓN EDITORA S. L. U.
 Presidenta Editora: Pilar de Yarza Mompeón
 Vicepresidente: Fernando de Yarza Mompeón
 Director General: Carlos Núñez Murias

Director: Miguel Iturbe Mach
 Subdirector: Angel Gorri. Redactor Jefe: Santiago Mendive. Jefe de Política: José Luis Valero. Opinión: José Javier Rueda. Deportes: José Miguel Tafalla.

Cultura: Santiago Paniagua. Internet: Esperanza Pamplona. Cierre: Mariano Gállego. Fotografía: José Miguel Marco.

Gerente: José Andrés Nalda Mejino
 Comercializa: Blue Media Comunicación S. L.
 Imprime: Impresa Norte S. L.
 Distribuye: DASA. Distribuidora de Aragón S. L.

LA FIRMA | Por José Luis Bermejo Latre

La repoblación improbable

La despoblación del Aragón rural es un fenómeno demográfico persistente, que no será posible detener en todo el territorio afectado. Hay que seleccionar objetivos realistas y adaptar las políticas a las circunstancias de cada localidad



KRISIS'19

El Aragón rural se despuebla paulatinamente, mientras la mitad de los pobladores de esta Comunidad nos encaramos en la capital. Solo catorce municipios aragoneses, incluidas las tres capitales, tienen más de diez mil habitantes; seiscientos veintidós tienen menos de mil y doscientos treinta y dos no alcanzan el centenar. Las cabeceras comarcales fijan población, aunque a costa de los núcleos de su entorno.

La situación y la perspectiva demográfica de Aragón es la propia de la España interior. Mientras lo ibérico se revaloriza, el número de ibéricos-persona decae, también en su edad: los aragoneses envejecemos por encima de las medias española y europea. El éxodo rural iniciado con la era industrial no ha terminado, y las tecnologías telemáticas son solo paliativos de la concentración urbana. Sin embargo, el descenso demográfico importa más que la concentración urbana en la ecuación de la despoblación rural.

La despoblación rural es una manifestación de la demografía claudicante común a las sociedades occidentales, magnificada por una geografía extensa donde se encarece la prestación de los servicios públicos, se complica la conservación del patrimonio natural y cultural y aumenta la inseguridad ciudadana... Al igual que con el cambio climático, hacemos bien en reconocer y combatir el

problema, pero no deberíamos aspirar a remediarlo, sino a protegernos de sus efectos y adaptarnos al mismo.

Para ello es preciso explorar nuevos espacios argumentales con una óptica pragmática y posibilista. La despoblación es inercial, viene de antiguo y se aventura persistente: se trata de un fenómeno imposible de detener y de revertir, no en todo el territorio afectado, y mucho menos en una sola generación. Por eso hay que identificar y seleccionar donde actuar y fijar plazos viables para ello. No todas las zonas y núcleos afectados requieren o admiten las mismas medidas, cada zona o núcleo necesita distintas soluciones, las cuales no serán aplicables simultáneamente. Probablemente, el gran dilema de las políticas públicas contra la despoblación consista en garantizar la subsistencia local o universalizar la calidad de vida.

Hay medidas que deben ir dirigidas a las personas y otras a las instituciones. En este sentido, se impone reconocer que nuestro minifundismo municipal es insostenible, que servicios públicos

«Quizá el gran dilema de las políticas contra la despoblación consista en garantizar la subsistencia local o universalizar la calidad de vida»

como la sanidad y la educación no pueden estar organizados de la misma manera en los medios rural y urbano, o que el catálogo de las prestaciones del bienestar social debe incorporar nuevos servicios (por ejemplo, el abastecimiento alimentario) o dar nuevas formas a los ya existentes para las zonas afectadas (por ejemplo, el transporte a demanda).

Otras cuestiones atienen al objetivo de las políticas contra la despoblación, pues atraer y retener población son funciones distintas y no siempre compatibles con los itinerarios vitales de las personas. La tríada agricultura-artesanía-turismo tiene una capacidad limitada para totalizar la reconversión productiva, y cabría imaginar un medio rural operativo 'a tiempo parcial', apostando por la vuelta al pueblo pero solo como segunda residencia.

En todo caso, merece la pena plantearse hasta qué punto es justo, eficaz y eficiente primar fiscalmente a los residentes y emprendedores rurales a costa de los urbanitas. Recurrir a la dotación de infraestructuras costosísimas destinadas a la infrautilización y subsidiar a personas (pocas y cada vez mayores) por guardar el puesto no parece ser la solución más inteligente para un Aragón rural que conoció tiempos un tanto mejores.

José Luis Bermejo Latre es profesor de Derecho Administrativo de la Universidad de Zaragoza

EN NOMBRE PROPIO

Ignacio Peiró Martín

Trágala, trágala

Las palabras tienen su historia y algunas ocupan una posición especial. Esto ocurre, por ejemplo, con el término 'liberal' (asociado a conceptos virtuosos como individualismo, tolerancia, franqueza...) o con 'déspota' (vinculado al abuso de poder y la tiranía). Sucede con frecuencia que las palabras cambian y antiguos detractores se apropian de las mismas para integrarlas, sin contradicción aparente, en los relatos políticos, donde adquieren nuevos contenidos y valores de verdad. En otras ocasiones acontece que, aprovechando la genialidad de los artistas y creadores de la cultura nacional, las presentaciones del pasado por parte de los historiadores pueden ayudar a igualar las acciones, maquillar los hechos históricos y neutralizar los recuerdos colectivos de los personajes. En el Museo del Prado, se exhibe la obra maestra de Antonio Gisbert, 'El fusilamiento de Torrijos', que es una pura representación del nacimiento de la nación liberal. Y en el Museo Goya de nuestra ciudad, continúa la magnífica exposición 'El viaje del Rey', cuya pieza central es uno de los retratos de Fernando VII, el monarca del 'trágala, trágala', despótico y caprichoso que, además de dejar morir en el exilio al pintor aragonés, no dudó en ordenar la ejecución de un héroe militar y sus compañeros patriotas, liberales y constitucionalistas. Mientras tanto, la sátira goyesca del 'Trágala, perro' parece revivir, una vez más, de la mano de unos políticos que han vuelto a ofrecer a los españoles la píldora democrática de las elecciones. Pero no se dejen confundir. Primero, porque se trata de una práctica global de la Democracia. Y en segundo lugar, acéptenlo con humor, pues, «es sólo política», como escribió Slawomir Mrozek en su sabrosa miniatura del asesinato de César.

Catedrático de Historia Contemporánea (Unizar)

CON DNI

Luis del Val

Sinsorgadas políticas

Sobre la base de estudios desconocidos, el departamento de Vivienda del País Vasco va a obligar a que las viviendas tengan la cocina con una dimensión mínima de 10 metros cuadrados. ¿La poderosa influencia del admirable Arzak? No, no tiene nada que ver con la gastronomía. Se trata de luchar contra la desigualdad de género. Algún brillante político ha decidido que si las cocinas son más grandes la igualdad de género alcanzará niveles espectaculares, porque si los machos no cocinan se debe a que las cocinas son pequeñas. Siguiendo con tan escolástico razonamiento, cualquier día se levantará un político del PNV dispuesto a que Euskadi sea la más higiénica de las autono-

mías, y ordenará que los baños tengan una dimensión mínima de ocho metros cuadrados: si hay gente que no se ducha a menudo es porque los baños son muy pequeños. Decía Peter Babel que la decadencia de una sociedad se advierte cuando los grandes problemas se afrontan con medidas superficiales e inútiles. La igualdad de género es un problema importante, pero creer que con decretos sobre las dimensiones de las cocinas se resuelve constata la decadencia. Y esa estúpida soberbia de pensar que los problemas sociológicos se arreglan con leyes y que las leyes deben llegar hasta la intimidad de los domicilios resulta tan patética como risible. Las cocinas de nuestros abuelos eran grandes como salones, sobre todo en los pueblos. Pero el abuelo no cocinó nunca. Apórtese como prueba de la sinsorgada.